

cantar de su marido, que le recordaba sus triunfos en los fandangos, contestó siguiendo la tonada de la vihuela:

«A muchó no le gujta
La cinta blanca,
Porque icen que é trijte
Y á mí me encanta! . . .

Y Chencho completó el son:

«Arriba y ma arriba,
Arriba iré,
Repiquen la campana,
Repicaré! . . .



XXVIII

No queda más recurso, mi querido «Pájaro,» que echarse encima los trapitos nuevos; irse derechamente á la barbería á quitarse esas barbas de Nazareno; dejar fuera todo temor y dirigirse á la casa de Don Javier Intanzón Illescás; y ahí no es nada. . . . ir á saludar á Sá. . . . Sá. . . . Sátrapa!

—Pero si mi padre se ha agraváo de ayer á hoy! . . .

—¡Ta, ta! Esas son trastadas de Sátrapa; créemelo, mi buen amigo!

Sabe que estamos aquí hace dos días; conoce mis intenciones; mejor dicho, como es muy ladino, ha leído en mis pensamientos, lo que tengo muy metido en el ca. . . . ca. . . . caletre! . . . No es fácil embaucar á este señor con ninguna tri...

tri. . . . triquiñuela! . . . Las coge al vuelo. . . . y en eso de cortar en el aire un cabello, me deja atrás, tanto, que ni cien le. . . . le. . . . leguas lo alcanzo! . . .

Sin embargo, confío en mis propósitos y en el plan que tengo delineado en larga consulta con la al. . . . al. . . . almohada! . . . Porque para esto de combinar planes, urdir estrata. . . . estrata. . . . estratagemas y pre. . . . pre. . . . preparar ataques, no hay como recoger el pensamiento en las obscuridades de la alcoba; estarse quieto y quedo para librar descomunal batalla de conceptos en los re. . . . re. . . . recónditos rincones del cerebro; ir moviendo de un lado para el otro las ideas como en las casillas de un tablero de ajedrez, hasta dar mate y encontrar salida. . . . porque á mí lo que me pre. . . . pre. . . . preocupa no es la entrada, ¡qué habfa de pre. . . . pre. . . . preocuparme! Lo que me trae en desasosiego es la salida; mi experiencia jurídica me ha enseñado que en las tram-

pas no está la ciencia en entrar, la dificultad consiste en hallar la salida franca en el tiempo que se necesita escapar. . . . Yo pido de ti resolución y en. . . . en. . . . entereza. . . . que hagas á un lado esas meticulosidades que te per. . . . per. . . . perjudican en este lance. . . . Los audaces siempre vencen á los precavidos. . . . y por muy prevenido que esté Sátrapa, no cuenta con las singularidades de nuestra audacia.

La mentira, y hasta el fraude, es virtud cuando se emplea como arma defensiva para combatir contra la injusticia. . . . ¡Oyélo bien, y no lo. . . . lo. . . . lo olvides! . . . Por más que te diga lo contrario, la moral escrita, esa moral que manda que seámos víctimas cuando podemos convertirnos en ver. . . . ver. . . . verdugos! . . .

Tengo preparados todos los resortes de que hay que tirar para que la puerta por donde hemos de llegar al término de nuestros deseos, ceda; la menor torpeza, por nuestra parte, dará al suelo

con un plan estudiado de antemano; en vez de tirar de una cuerda, lo hacemos de otra, quedamos apresados en nuestras propias redes; el señuelo para atraer á Sátrapa á una emboscada consistió en que le hice creer que tú no existías la parte que de hecho y de derecho te corresponde en la herencia del señor Illescas; parece que tragó el anzuelo pero el pez puede transformarse en rana, y entonces no caerá por la boca, porque los batra. . . . batra. . . . batracios. . . . viven así en tierra como en agua, aparte de que á una rana se le puede aplastar con el pie. . . siempre que el pie la al. . . al. . . alcance! Y nosotros estamos aquí para tener alcances y resoluciones y nada de andarnos por. . . por. . . por las ramas!»

«Pajarito,» acostumbrado á la sempiterna charla de Sanchete, se iba vistiendo sin decir palabra, en tanto que el Licenciado hablaba.

«Si hoy salimos airosos de nuestra

empresa, mañana mismo, y en seguida, nos vamos por donde venimos, dejando todo en regla y conforme á la ley.

«¿Ya estás listo?—preguntó Sanchete, encapillándose la blanca y brillante camisa.—¡Pues siéntate allí á esperarme, que todavía tengo que hacerme el lazo de la cor. . . cor. . . corbata y cepillarme la levita!»

«Pajarito» se sentó resuelto á esperar al Licenciado hasta que acabara de acicalarse.

Sanchete se acercó á un descascarillado espejo para hacerse el nudo de la vistosa corbata; entre vuelta y vuelta, decía:

«Para estas cosas de entrevistas y de conferencias hay que vestirse de menudito modo que si se asistiera á una representación tea. . . tea. . . teatral. . . ¿Qué es el mundo, si no una comedia que á veces termina en dra. . . dra. . . drama. . . ó en sainete, según las cir. . . cir. . . circunstancias?»

En el mundo con el traje se hace todo... Ante la severa levita y el ceremonioso frac se humillan todas las cabezas... Ante los harapos y los calandrajos, las cabezas hacen un movimiento de... de... de repulsión ó un esguince de desprecio, cuando no se mueven los labios con una burlona sonrisa ó una dura impre... impre... imprecación!

Un atleta vestido como lechuguino que va á un sarao, se me representa á Hércules hilando á los pies de... de... Omfalia!... El león atiende más á los mandatos del domador por el frac negro que lleva, que por la amenazante varilla de hierro can... can... candente que en las manos esgri... esgri... esgrime!

¡El tra... tra... traje! ¡El traje!

¡Cuánta diferencia de la salvaje hoja de parra de nuestro padre Adán á la túnica inconsútil de nuestro señor Jesu... Jesu... Jesucristo!... ¡Que disimilitud... disimilitud!... entre la cabeza

intonsa del forzado Sansón y el maravilloso sombrero del encantador Merlín! Va... va... ¡vaya! estoy vestido que ni para ir al baile del Casino Español por noche de san... san... san Silvestre!

¡Tú no estás del todo mal con ese saquillo de cor... cor... corte humilde que se aviene justamente con tu condición de hijo des... des... desheredado!

¡Ahora en marcha! ¡Ahora en marcha para la batalla! ¡En... en «en avant»

Sanchete tomó la delantera con la arrogancia de un lord que sale de la Cámara de los Comunes; siguióle «Pajarito» con talante triste y resignado en dirección á la barbería.

En la casa del señor Illescas todo era movimiento de criados; entradas y salidas del médico y del abogado; Sátrapa se estaba un punto quieto; andaba á una; tan pronto á grandes pasos recorría el extenso comedor, como se sentaba en una mecedora, cruzaba la pierna,

se mecía, poniendo los ojos en el techo para mandar el pensamiento por esos trigos.

—«He consultado los Códigos y no hay salida posible en el caso que pone vd. á mi consideración!»—le dijo el abogado acercándosele y sacándolo de sus meditaciones.

—Si los Códigos no me prestan su apoyo, la medicina viene en mi ayuda: ahora mismo el médico asegura que de ninguna manera es prudente que mi tío tenga una impresión fuerte; la violencia del choque le mataría! Las inyecciones hipodérmicas han obrado maravillosamente, sin ellas, mi pobre tío á estas horas estaría siete sitios bajo tierra, y yo lejos de estas angustias y estos sobresaltos en que me pone el deslenguado del Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada!... ¡Habría mayor majadero!... Es testarudo como vizcaino, impasible como un hijo de... del celestial imperio!... Erre que erre en que mi tío

bendiga á su hijo y que el hijo reconozca á su padre!

—Antes he dicho á vd. que todo en sí no vale la pena para venir á tales extremos... ¡El pleito lo tiene perdido el Licenciado Sancho Sánchez Sanchete, así traiga muy patentado su título y muy con letras menudas sus ejecutorias!... Ni puede presentar una fe de bautismo falso, ni mucho menos exhibir una información testimonial de que el señor Illescas es padre del que se hace llamar hijo suyo.

Este es el quid de la cuestión, señor Sátrapa; lo demás son torpezas de leguleyo...

—Concedo todo eso en esta materia de derecho; pero queda el peligro de que mi tío muera al tener la entrevista con Sanchete y con el llamado hijo del señor Illescas, hijo que no es, en este caso, sino un intruso, un advenedizo... Creí hablarle con un hombre de otra calaña; encontrar en él algún rasgo por donde

sacara en consecuencia el parecido con mi tío, y no es más que un palurdo, incapaz de expresar tres palabras sin soltar diez disparates. . . ¡Y eso que viene muy aleccionado por el de la Sanchada, que en caso contrario, no sabría ni dar los buenos días!

—No es, por cierto, esto un problema que deba resolver Lombroso, ni Garófalo, ni ninguno de los criminalistas habidos y por haber; aquí la razón es de simple derecho, y se reduce á esta disyuntiva: ¿Es legítimo heredero el pretendido hijo de Illescas? ¿O es un impostor que merece castigo? . . . Eso de la pinta y de la casta son aleluyas que no encajan en este asunto. . .

—¡Sí; pero que á mí me irritan, señor abogado!

—¿Le parece á vd. bien que venga un Don Nadie á metérsele por las puertas de su casa como Pedro por la suya, sin decir buenos días al entrar ni hasta mañana al salir? ¡Es abuso que no lo per-

donaría vd.! Pero estoy resuelto á que esto termine cuanto antes; y si ese intruso no viniera acompañado por Sanchete, (quien á pesar de su intrusión en este asunto, es una persona decente), ya le hubiera dado al tal hijo postizo con la puerta en las narices!

—¡Paciencia, señor Sátrapa, paciencia. que todo se andará!

Lo que urge ahora es que en un momento de lucidez y con todo reposo el señor Illescas haga testamento; puede morir de un día á otro y no es bueno en casos delicados como el presente dejar las cosas para mañana; así se evita el *ab intestato* y se le quita al patrocinado de Sanchete todo derecho; porque alejando al intruso, como vd. le llama, la influencia moral que vd. ejerce sobre el señor Illescas, le llevará á testar en favor de vd. y de sus legítimos herederos. Conque ya sabe el camino. . . ¡me voy. . . y si algo ocurre, con un recadito estoy aquí que vuelo! . . . »

Y el abogado se despidió cordialmente de Sátrapa y salió del comedor.

— «El paciente entra en un período crítico, según dije á Ud. hace un rato; ó se salva, ó se muere; ahora cumple á mi pronóstico recomendar que no se le agite por ningún motivo para evitarnos un retroceso. . . »

— Estoy pensando en la manera de conjurar el mal que está próximo á llegar con la presencia del Licenciado embaucador y su cómplice, el falso hijo de mi señor tío. . . »

— Es de vida ó de muerte el acatamiento de mi orden; de aquí á mañana veremos cómo se presenta el enfermo; lo tengo en observación; entre tanto, lo que he indicado siempre: mucho reposo y mayor silencio. . . »

Sátrapa acompañó á la puerta al médico; alejóse éste, y volvió el sobrino del señor Illescas á sus conjeturas; á poco de estar metido en serias reflexiones, en que se barajaban los más encontra-

dos pareceres, escuchó un altercado por la parte en que quedaba la alcoba del enfermo.

Claramente llegaron á sus oídos estas palabras:

— ¡Que no se puede entrar! . . . Lo manda el médico y lo prohíbe el señor Sátrapa! . . . »

— Aquí no hay médico que valga ni orden que obedecer. . . ¡Can. . . Can. . . ! Cancerbero con faldas! . . . ¡fu. . . fu. . . ! furia de Satanás! . . . »

A Sátrapa le dió un vuelco el corazón: había reconocido la voz imperiosa del fargallón de Sanchete; púsose en pie; se le descompuso el rostro y con ademán resuelto se dirigió violentamente á la alcoba.

— «¡He dicho y repito que nadie entra á este cuarto!» — Y con su cuerpo cubrió la puerta y cerró el paso.

— «¡Es Ud. un atrevido!»

— «¡Y Ud. un here. . . here. . . ! ¡hèredípeto!»

«Pajarito,» puesto en aquella escena culminante, no buscó palabras en su reducido pero enérgico vocabulario para contrariar la resistencia de Sátrapa; sereno y firme en su propósito, tomó por un brazo con garra segura al obstáculo humano que le impedía franquear la puerta, lo arrojó violentamente y pasó luego; el Licenciado le siguió con aire de triunfo.

Fué tan brusco el ataque y tan intempestiva la invasión, que Sátrapa se quedó suspenso, apretando los puños y maldiciendo de su poca fortuna.

El cuarto estaba fuertemente alumbrado por los rayos del sol que al transparentarse en los visillos rojos de las vidrieras, se disparaban con reflejos sanguíneos por la estancia; la luz mortecina de una lamparilla al pie de una estampa religiosa, hacía más potente la plena y rojiza claridad de la alcoba.

En la cama, casi sepultado en un montón de sábanas y en las blanduras de las

almohadas, estaba el canijo cuerpo de Illescas; las manos enflaquecidas cruzadas sobre el pecho; los ojos vidriosos fijamente puestos en un ángulo de los rincones y con la respiración fatigosa y débil; parecía un esqueleto forrado de piel floja y amarillenta; el cabello largo se le iba por las orejas en mechones crespos y la barba crecida y descuidada se le enmarañaba hasta cubrirle los pómulos salientes; la frente deprimida se veía surcada de profundas arrugas.

En la mesa de noche, unas botellas con retapas intactas mostraban á la vista curiosa que aquellas medicinas se desecharon por inútiles.

El Licenciado fué el primero en acercarse al lecho; tomó una de las manos adelgazadas del enfermo y fijando en él los ojos inquisitivos, le preguntó lentamente:

«¿Me conoce Ud., señor Illescas?»

Giró la mirada vaga del enfermo dentro de las oscuras órbitas para encon-

trarse con los ojos atentos del Licenciado, y viéndole, balbució débilmente:

«¡Sí... esperaba á Ud!».

«¿Y mi hijo?».

«Pajarito,» que sintió sobre su espíritu entristecido una impresión dura y dolorosa al ver el miserable postramiento de aquel abandonado enfermo, no esperó más; se precipitó al lecho; tomó ambas manos de Don Javier con delicado continente, se echó sobre aquel montón de huesos, y exclamó con un tono de voz en que se mezclaban largos y angustiosos recuerdos, llorados con lágrimas amargas:

«¡Aquí ejtá su hijo!».

Se sucedieron las palabras entrecortadas y se confundieron los sollozos desbordantes y las confidencias rápidas y vehementes.

«Acuéstate... acuéstate aquí á mi lado... Quiero tomar el calor de tu cuerpo... sentir el fuego de tu sangre joven... de tu sangre que es mi sangre...

¡Tengo frío en todo el cuerpo!... ¡Frío, frío, frío por todas partes!... ¡Perdóname!... ¿No me perdonas?... ¡Te lo pido de rodillas!...

Y se unieron por un abrazo la recia cabeza de albañil y la encanecida y débil del pobre viejo, que oyó en sus oídos las quedas palabras de «Pajarito»:

¡Lo perdono!

«¡Dios de misericordia, hasta que escuchaste mi ruego!... ¡Ahora puedo morir tranquilo!».

El mísero anciano, levantando el busto desencarnado de sobre las almohadas, palpaba el cuerpo de su hijo para convencerse de que aquello no era una ficción pasajera de sus sentidos, tan frecuentes dentro de aquellas solitarias y tristes paredes.

«Pajarito» no sabía lo que experimentaba en aquellos momentos; se sintió criminal con haber presumido que su padre lo hubiera abandonado por quitarse una carga de encima, y lloró sentidas y

abundantes lágrimas, que daban á su rostro aspecto doloroso y austero.

El Licenciado apuntaba en una hoja de su cartera de bolsillo las palabras vertidas por aquel grupo dramático. Andaba Sanchete obscecado con la prueba fehaciente.

—«Mira, hijo mío, toma de mi chaleco mi reloj. . . tiene grabado tu nombre y el año de tu nacimiento. . . Un recuerdo, un recuerdo que traía siempre conmigo. . . para que á toda hora me recordara que vivías!

—¿Necesitas dinero para tus gastos? . . . Ahora mismo daré orden para que te entreguen cuanto quieras, todo es tuyo! . . . Quiero morir pobre y que tú quedes con dinero suficiente para pasar tus últimos días. . . los míos son contados. . . pero se me quita este remordimiento de «criminal»

El Licenciado apuntaba rápidamente todo esto en su cartera, sin que se le escapara una sílaba.

—«¡No, si yo no vine por dinero! . . . Tengo pa mi regreso. . . Sólo quiero saber si mi madre cometió alguna falta pa que la. . . la abandonara!

—¡Ninguna! . . . ¡Fué una santa y desgraciada mujer! . . . Toda la culpa es mía. . . yo fuí el criminal. . . ¡perdónamel!

Por la mente avivada de Illescas pasó con todos sus horrores la falta de su abandono. . . Vió á su hijo rústico, humilde de traje y falto de instrucción; condenaba su mal proceder y pensó corregirlo con largueza.

—¡Loado sea Dios que escuchó mi eterno ruego! . . . Vamos juntos á darle gracias. . . aquí cerca tenemos la iglesia!

—Pero si ejtá osté muy débil!

—Me siento capaz de todo. . . ¡Mis fuerzas renacen, mi cerebro se ilumina! . . . Estoy bien. . . ¡Anda, vamos, venga la ropa. . . vístemel!

—¡No es posible!

—¡Te lo suplico! . . . ¡Te lo mando!»
 Illescas no estaba seguro de que todo lo que le ocurría fuera realidad; temía que todo se convirtiera en una de las tantas pesadillas que lo martirizaban constantemente; y para palpar la verdad del caso, pedía salir de aquellas paredes que eran su más terrible cautiverio; sentir el sol de la calle; el aire libre de otra atmósfera menos pesada; escuchar el vocerío de las gentes, ver el tráfico diario de la villa. Insistía en salir; primero lo suplicó como un sentenciado á muerte que pide la postrer gracia, y por último lo mandó para afirmar más el pleno uso de sus facultades.

«Pajarito» vistió á su padre; quien, dócil como un niño, se cubría con las prendas de vestir, ayudado por Sanchete que se hacía la cuenta de haber ganado el pleito en primera instancia con un solo y decisivo golpe.

—Después me iré contigo, lejos, muy lejos; á morir allá donde te dejé aban-

donado y sin nombre. . . para que vean aquellas gentes quién es tu padre! . . . Y después harás por que reposen estos miserables huesos junto á las cenizas de tu madre! . . .—le dijo esto tan quedamente, que la voz cavernosa de Illescas le pareció á «Pajarito» que salía de una tumba.

«¡Y decían que estaba loco!—continuó Don Javier.—¡Que tú no eras mi hijo! . . . Cuando en ti veó retratados los días de mi juventud!»

En el espíritu de «Pajarito» se operaba un cambio manifiesto: donde él creyó no encontrar emociones fuertes, halló una satisfacción íntima, algo que le faltaba á su ser para completarse: el conocimiento cierto de que su padre le recordaba y aceptaba en aquel estado rústico y vulgar en que lo dejó como á planicie inculca y débil que no tiene arrimo en medio del páramo inmenso de la vida, donde se necesita de sostén y de apoyo para luchar con las asechanzas del mun-

do! Y para mayor tranquilidad de sujetos para lo futuro. Ya no quería ánimo, su padre mismo le aseguraba morir, y como náufrago que alcanza, que ninguna falta cometió su madre después de terrible lucha, frágil madera ser abandonada, se aferraba á la vida en los confines. Respetaba á su anciano padre; veía la muerte.

«Pajarito,» al través de sus silenciosas Al verlos pasar los vecinos comentaban lágrimas, el estrago que habían hecho de mil maneras distintas la primera en aquel organismo el tiempo y los laralida de aquel enfermo, que creían loggos y penosos trabajos, y el remordimiento por las noticias de los criados; en la miento que había golpeado con fiera y villa ya se sabía la llegada del hijo del amenazante mano en las puertas de la caudalado Don Javier Infanzón Illesconciencia, llamando al cumplimiento; por el pobre y humilde traje de «Padel deber al padre culpable!» «Pajarito» tomaban á Sanchete por el here-

El grupo salió silenciosamente de la lero del propietario más rico de la Villa alcoba; entre «Pajarito» y el Licenciado de las Granadas, y al infeliz albañil por iba Illescas sostenido por los brazos de un criado de confianza.

ambos, apoyado en grueso y duro bas- La iglesia estaba desierta á tales hótón; una lámpara votiva consumía su luz

Sátrapa desde el comedor vió pasar ante la virgen de la «Soledad;» en las aquel cortejo y en sus labios convulsos óvedas de las naves resurtían las pisa-

se dibujó una sonrisa irónica, de los visitantes; Illescas se arrodio- Don Javier, celloco y despacioso, en lo con sumo esfuerzo y «Pajarito» imi- todo el camino que conducía á la iglesó el postramiento religioso del autor de sia no dejó de hablar de halagüeños pro- sus días.

«Señor mío Jesucristo, . . . » comenzó á rezar Illescas, y «Pajarito» le hizo compañía instintivamente, como cuando de niño seguía la voz reposada y fervorosa de su madre. . . .

El Licenciado con los brazos cruzados asumió el papel de espectador de aquella interesante escena; por sus labios no pasó ninguna plegaria; andaba su pensamiento ofuscado con las fuertes emociones de la mañana, y ya se las prometía galanas, con su natural apresuramiento, para el término de aquel ruidoso asunto.

Retornaron á la casa.

El padre de «Pajarito» caminaba con paso más vacilante y la respiración menos reposada; á cada momento hacía alto; el vigor que por unos instantes le dió fuerzas para salir á la calle, iba desmayando á medida que se acercaba á su alcoba; «Pajarito» se creía culpable por haber consentido en tan temeraria salida, pero se confesaba inocente, si se paraba

á considerar que el natural aturdimiento que le embargó los sentidos en la sentimental entrevista, no le dió tiempo para medir las consecuencias de la resolución del señor Illescas de ir á la iglesia, como viejo católico, á darle gracias á Dios por el doloroso encuentro; por otra parte, Don Javier se lo había mandado con su autoridad de padre, y él respetaba y acataba sus mandatos.

Al entrar á la alcoba, Sátrapa estaba allí, inmutable, cruzado de brazos y con la sonrisa en los labios.

Llegando Illescas se tiró en la cama; comenzó á lanzar ayes lastimeros y á toser ruidosamente; se quitaba las ropas á tirones; los ojos se le revolvían en las ahondadas cuencas y apartaba de sí las manos de su hijo que con cariño se prestaba á desnudarle.

«¡No, no! . . . ¡Largo de aquí! . . . ¡Ustedes quieren matarme! . . . ¡Todo por mi dinero!»

El Licenciado se hacía cruces del cam-

bio repentino, y en su acaloramiento pensó en si realmente tenían que habérselas con un loco.

«¡He dicho que no!»...—repetía Illescas oponiéndose á que «Pajarito» le quitara la ropa.

Sátrapa, entonces, se acercó al lecho; con ademán severo indicó á «Pajarito» que saliera, y con voz melosa dijo á su tío:

«Quieto, que ya pasará en cuanto se vayan estos bribones!»...

«Pajarito» escuchó la ofensa y no pudo en aquel lugar repararla; comprendió que su presencia allí era impertinente, y á despecho de Sátrapa llegó junto á la cama, tomó una mano del señor Illescas, la besó con respeto y se retiró presto; el Licenciado dirigió una mirada de amenaza á Sátrapa, tomó la puerta, y á tiempo de traspasar el umbral, siguiendo á «Pajarito», escuchó á Sátrapa que decía con alarmante tono:

«¡Muerto!»

¡Muerto!—repitió Sanchete con espanto.

¡Muerto!—exclamó «Pajarito» dolorosamente con arranque de volver sobre sus pasos; pero sus ojos, empañados por las lágrimas, vieron inmóvil el cuerpo cadavérico de su padre, y á Sátrapa con el índice sobre los labios imponiendo silencio y con la mano señalando amenazante la puerta.

